

¡Ha llegado la

Fiesta Mayor!

En mi niñez estaba un atardecer deambulando solo por la plaza del pueblo cuando el campanero vino hacia mí con una enorme llave entre las manos. Se detuvo y me dijo:—Rapaz, sé que te gustaría mucho subir conmigo hasta la torre-campanario; hoy, que te veo solo, si quieres puedes satisfacer tu deseo. Vente conmigo.

No me hice repetir la invitación; pero cuando me encontré en plena oscuridad dando vueltas por la escalera de caracol, sentí que mi corazón se comprimía: aquel tic-tac potente y acompasado me daba miedo. Creía encontrarme en las entrañas de un gigante, condenado allí a trepar por un oscuro intestino hasta su potente corazón. Los zuecos del viejo daban de narices contra los pétreos peldaños y su ronca protesta retumbaba y se multiplicaba en profundos ecos. Me pegué tanto a su persona que el buen hombre se dió cuenta de mi estado de ánimo. Detuvo su marcha, encendió la colilla que colgaba de la comisura de sus labios y me dijo:—Rapaz, tú tienes miedo; pasa delante de mí que así no te agarrarán por la espalda—. Cuando se extinguió la débil luz de la cerilla, me pareció ver una enorme manaza que buscaba agarrarme por el cogote. Menos mal que otra cerilla vino a ahuyentar el fantasma de mi imaginación y aprovechando la temblorosa claridad pasé a vanguardia. No me seducían tampoco las ventajas de mi nueva posición; pero al poco rato de subir a tientas, percibí la luz mortecina del atardecer filtrándose por unas grietas. Estábamos a pocos metros del latente corazón.

Mi acompañante era un labriego entrado en años, famoso en el pueblo por sus chispeantes y cáusticas ideas. En su juventud, la acomodada posición que gozaba, le permitió viajar por el extranjero y procurarse una regular instrucción. Después de dar repetidas vueltas a una manivela consiguió subir hasta cerca de nuestros pies, dos pesados pilones de piedra. Luego me dijo:

—Mira muchacho: Ahí tienes el implacable tirano de la humanidad. Estas ruedas, estos ejes, estas cuerdas debidamente ordenado constituyen, según el decir de la gente, un gran invento; pero... tú no sabes lo feliz que se es pudiendo vivir sin necesitar reloj. Quizás algún día lo comprendas. ¿Ves esta gruesa varilla que va y viene, haciendo y deshaciendo el mismo camino? Pues es reflejo fiel de nuestra vida. Vivimos yendo y viniendo de aquí para allá; corremos, vacilamos, retrocedemos, nos cansamos, envejecemos; pero nunca traspasamos el intervalo que Dios nos ha señalado. La naturaleza también sigue un movimiento pendular cuyo período abarca dos estaciones...

No entendí bien el sentido de éstas y otras razones que el buen hombre fué exponiendo; pero me pareció que decía grandes verdades porqué más que hablarme a mí, se hablaba

a sí mismo. Y cuando un hombre olvida que tiene un interlocutor es que está exponiendo ideas que necesita oír para orientarse, justificarse o consolarse.

Lo que sí comprendí que el tiempo es de incalculable valor, y de engañosa apariencia. Hoy que soy un esclavo de la manecilla horaria, voy entendiendo los secretos que guarda el Viejo entre los rizos de su barba: al principio permite que juguemos con él sin darle importancia, pero al final acaba por devorarnos.

Impresa en el ánimo de los guixolenses en un «tic-tac» que dura un año. El «tic» suena cuando amanece la Fiesta Mayor; el «tac» cuando llegan las Navidades. La amplitud que media del «tac» al «tic» se interpreta aquí como progresiva: va cara al buen tiempo y a la diversión. La otra amplitud es regresiva y se soporta porque no hay más remedio.

Cuando los Reyes Magos han dado su vueltecita por el mundo de ilusión de los niños, la juventud guixolense cambia de posición en cuánto al enfoque vital. De puntillas sobre el invierno otean el calendario y vislumbrar el horizonte estival tras los vendavales de marzo y las neblinas de abril. ¡Se acabará pronto el aburrimiento!

He aquí que viene la primavera y con ella la nueva floración de muchachas.—¡Caramba con Fulanita! Algunos meses atrás era una mocosa que jugaba al escondite y berteaba por la calle y hoy es la reina del paseo.—Mírala con qué garbo luce la última moda en vestidos estampados y con qué elegancia y coquetería se arregla los bucles de pelo!—Las que hace años compartieron el sitial del triunfo se muerden el labio y replican:—Si os fijáis bien tiene las piernas algo torcidas y cuando habla es tan cursi!

* El muchacho que ayer cambió la voz desabrocha dos botones de su camisa para que vean que es hombre de pelo en pecho, enciende con displicencia un cigarrillo, hace esfuerzos por no toser y dice con énfasis:—El agua del mar está «estupenda» ¿Quereis acompañarme a tomar el séptimo baño?

* ¿Dónde vas con este saco?—dice el Maestro al chiquillo que va a la Escuela.—Es que saliendo de clase iré a buscar hierba para los conejos. Tenemos media docena y si no se muere ninguno, nos daremos un banquete el día de la Fiesta Mayor.—Pues en mi casa—responde otro rapaz—tenemos un cordero y cada día salgo con él al campo. ¡Las chuletas de cordero son deliciosas!

* El comerciante escribe en el cristal del escaparate: «Grandes rebajas por fin de temporada. Aprovechen la ocasión». Así logra desembarazarse de los géneros que representan capital problemático, quedan los estantes libres para nuevos pedidos y... a esperar su agosto.